

## **ESTUDIOS**

## PAISAJES DE CAFE Y PETROLEO<sup>1</sup>

José Angel Rodríguez (\*)

07

Fueron casi doscientos los viajeros que visitaron Venezuela en el siglo XIX. Son muy pocos, no obstante, los relatos de mujeres. Entre ellas destacan dos alemanas: Elisabeth Gross, nacida en Hamburgo, y Julia Bornhorst de Lübeck. Este trabajo trata sobre los aspectos geohistóricos y de mentalidades presentes en su obra y que constituyen, a su aire, trozos del paisaje de la ciudad de Maracaibo, paisajes andinos y falconianos, y en muchos sentidos del resto de Venezuela.

Desde el siglo XIX, Maracaibo se consolidó como la segunda ciudad más importante de Venezuela. Fue ella primero el centro de acopio de la producción cafetalera de los Andes venezolanos destinada a la exportación, de preferencia hacia el mercado alemán. En el siglo XX se convertiría en la ciudad venezolana petrolera por excelencia. De esta forma se transformó de exportadora de sacos de grano a barriles con líquido negro. Allí vivirían parte de su vida estas dos mujeres.

Elisabeth Gross vivió en Maracaibo entre 1883 y 1896, vale decir en la época de la economía agroexportadora del café. El relato de su vivencia se ubica en uno sus epicentros fundamentales: la casa exportadora Blohm, en la cual su marido ocupaba una posición clave. El texto de Gross refiere los espacios interiores de la vivienda, a través de los cuales se descubren aspectos de la vida de las firmas comerciales alemanas, pero también de la vida cotidiana venezolana en asuntos tales como alimentación, educación, horarios, epidemias, que traspasan incluso la barrera del lago de Maracaibo hasta introducirse en los espacios andinos de Trujillo.

---

1 Este trabajo fue originalmente presentado como ponencia en el 50 Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Varsovia en julio de 2000.

(\*) Premio Nacional de Historia "Francisco González Guinán" 1999.

El testimonio de Julia Bornhorst es, en cambio, de carácter doble: escrito y gráfico. El texto de sus memorias da cuenta, por un lado, de trozos de la urbe marabina, de sus habitantes, criollos y alemanes, y costumbres, como de las tierras áridas de Falcón, entre 1923 y 1941, justo en un período de transformaciones que acabarían, a la postre, con la ciudad y el país decimonónico dedicado a la agroexportación, cambios visibles en algunas de sus acuarelas que acompañan el testimonio escrito.

## I. Los espacios marabinos de Elisabeth Gross

Las vivencias de Frau Elisabeth Gross en Maracaibo entre 1883 y 1896, recogidas en forma de 35 cartas que escribiera a su amiga de infancia Constanza<sup>2</sup> poco tienen que ver con los paisajes exteriores. En realidad, poco le interesaron porque ella se centra en otros espacios urbanos, en los minúsculos interiores de su propia casa, por muchos años el segundo piso de la casa Blohm, y luego en una propia en los suburbios, su auténtico hogar marabino. Pero a pesar de la intimidad del discurso, podemos penetrar también en la ciudad y en un parte de los Andes venezolanos, el misterioso interior del país donde su esposo actuaba como representante comercial de los Blohm.

### Interiores Blohm

La casa Blohm fue la primera casa comercial alemana establecida en Maracaibo. Fue fundada en 1854. El edificio estaba situado “*muy cerca del agua*”, justo al lado del desembarcadero. En la planta baja estaban los almacenes y las oficinas. En el primer piso, con “*todas sus seis ventanas o puertas* [que]

---

2 **Vida alemana en la lejanía.** Maracaibo, Asociación Humboldt de Maracaibo, 1989. A esta obra hemos dedicado un capítulo en el libro **Venezuela en la mirada alemana. Paisajes reales e imaginarios en Louis Glöckler, Carl Geldner y Elisabeth Gross, 1850-1896.** Caracas, Comisión Estudios de Postgrado y Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV/Fundación Edmundo y Hilde Schnoegass, 2000. Véase también Antonio De Abreu “Vivencias de una hamburguesa en Maracaibo (1883-1896)” en José Ángel Rodríguez (compilador) **Alemanes en las regiones equinocciales (Libro Homenaje al Bicentenario de la llegada de Alexander Von Humboldt a Venezuela, 1799-1999).** Caracas, Alfadil Ediciones/ Comisión Estudios de Postgrado de la FHE de la UCV/Alexander von Humboldt-Stiftung, 1999, pp.204-223. Para una aproximación lingüística del discurso del lenguaje consúltese Adriana Bolívar, “Representación discursiva de las dos patrias de Elisabeth Gross: Alemania y Maracaibo entre 1883 y 1896 en Montalbán, no.33, Caracas, 2000, Universidad Católica Andrés Bello, pp.241-256.

*dan sobre grandes balcones*”, la vivienda del apoderado, vale decir de Rodolfo Gross, su esposo. Lo primero que le sorprendió de los espacios sociales interiores fue su gran tamaño. Más aún, los *“espacios son tan grandes que, junto a una pared hay un piano de cola”*, instrumento costoso, ciertamente, que daba prestigio a quien lo tenía y que, en el caso de los alemanes, formaba parte importante de la vida cotidiana.

69781

De esta manera, la gran sala, que calculó en 14 metros, se encontraba el comedor. Era el lugar de reunión por excelencia de la vivienda. Allí mismo, y para su desmayo, se reunían a comer diariamente, y en diversos momentos del día, *“alrededor de una gran mesa redonda”*, unas 8 personas, entre los Gross, el personal joven de la casa Blohm, en este caso tres que el apoderado estaba en la obligación de alojar y alimentar por lo cual recibía una bonificación especial, y otros comensales entre los que se contaba el propio jefe de la firma, un tal señor Lüdert, quien tenía su propio cuarto y desayunaba siempre allí. La servidumbre consistía en 5 personas más, que también vivían y comían en la casa. Vale decir que, todos los días, había que organizar y dirigir una casa con 13 personas a la mesa, además de supervisar las labores de hacer mercado, cocinar, limpiar, servir, lavar y planchar.

Las habitaciones tampoco dejaron de sorprenderle. En la casa Blohm, estos espacios tenían en apariencia poca intimidad, pues eran *“grandes ambientes con puertas que dan a los balcones”*, los cuales, eso sí era irrefutable, tenían una maravillosa vista al lago. Todas las paredes estaban pintadas de blanco, *“pero no con pintura al óleo y no hay ni que hablar del papel tapiz”*, el cual, comprendería la alemana poco después, era muy difícil conservar porque entre la brisa, el calor y la humedad, estaría siempre despegado de las paredes o vuelto jirones sin remedio.

Tampoco había camas. Los cuartos no eran como en su amada Alemania, donde había muebles, a veces en tal cantidad que la gente ni podía moverse. Como hoy día. En efecto, en Maracaibo, como en general en toda Venezuela donde las casas tenían escaso mobiliario, había poca cosa, salvo un chinchorro, la cama por antonomasia, y algún armario. Su mismo cuarto no dejó de sorprenderle. No había allí sino dos armarios. Pero lo que la dejó perpleja fue la cama, o algo parecido, un auténtico bastidor, que describe con el terror propio de quien sabe que sobre esa superficie sería imposible pegar un ojo:

*“...dos burros inclinados como para aserrar troncos, el uno arriba y el otro en la parte inferior, unidos por dos barras sobre las cuales habían tensado una lona. A esto le llaman aquí ‘catre’. Y sobre éste tenía que dormir. (...)*  
[Por fortuna, la esposa del jefe de la Casa Blohm] *había extendido sobre la lona una colchoneta rellena de paja marina. Sobre la así llamada cama*

*colgaba un gran anillo como para un loro, que llevaba un velo cosido a su alrededor, el cual guindaba desde arriba hasta abajo y estaba suspendido por una cuerda del techo. Cuando uno se acuesta, lo extiende hasta quedar encerrada dentro del mismo. Se le llama mosquitero...”<sup>3</sup>*

Estas ausencias interiores, estos vacíos, le hacen reflexionar sobre su permanencia futura de 12 años en Maracaibo y concluye “*que no aguantaré ni doce días. ¿Cómo podría hacerlo? Si al menos tuviera una cama decente*”.<sup>4</sup>

### La Ranchería

Desde que Elisabeth llegó a Maracaibo sintió una especial predilección por el sitio de Los Haticos. En ese lugar, que quedaba al frente de la casa Blohm, “*al otro lado de la bahía*”, y donde los alemanes llegaban de ordinario en bote, también por un camino y luego en tranvía, se habían residenciado numerosos comerciantes de varias nacionalidades que se habían enriquecido con las transacciones comerciales, en especial las derivadas del café, cuyos precios, a pesar de algunos años de crisis, fueron aumentando en los mercados internacionales a lo largo del siglo XIX.

El anhelo de la “*casa en el campo*” se convirtió en realidad en enero de 1891, cuando compraron un terreno en las afueras de la ciudad. En junio se mudaron. La casa se llamaba La Ranchería, y quedaba a una hora a caballo desde Los Haticos, es decir bastante más lejos del centro. Como tal, la calzada llegaba sólo hasta Los Haticos. Pero como allí comenzaba a poblarse el suburbio con gente influyente, se logró que la Compañía de Acciones del Tranvía de Caballos, tendiera el riel “*hasta delante de nuestro jardín*”.<sup>5</sup>

La vida y los horarios de los Gross cambiaron por completo en La Ranchería. Rodolfo se levantaba todos los días a las 5 de la mañana, se bañaba en el lago, desayunaba con su mujer a las 6:30 y salía a las 7 a caballo para su trabajo, donde llegaba una hora después. Regresaba a las 6 de la tarde. Elisabeth, por su parte, nunca extrañó el centro. En la Ranchería vivía aislada en la semana de sus amigos alemanes, pero eso no le afectaba porque tenía otras muchas ocupaciones. Allí la acompañaban sus tres niños, no pocos animales, cuya demografía aumentó con el tiempo, como cinco perros, gallinas, patos, chan-

---

3 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, pp. 48-49.

4 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, p.48.

5 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, p.154.

chos, cabras y burros para el transporte, y un número considerable de personal del servicio doméstico, mayor que en el centro por los problemas derivados de la distancia: tres niñeras, dos cocineras, una lavandera, una costurera, un muchacho, y dos jardineros, es decir 10 personas, la mayoría de las cuales dormía en el lugar.

La gran distancia del centro urbano planteaba otros problemas. Por ello era muy importante el papel de la cocinera y del muchacho mandadero. La primera, que vivía en la ciudad adonde se iba a las ocho de la noche, se levantaba a las 4 de la mañana para hacer las compras en el mercado central. La compra la recogía Adolfo en un burro, encima del cual traía los alimentos, el pan y el hielo. La cocinera regresaba en tranvía y llegaba a la casa, exhausta, a las ocho de la mañana. La cocinera auxiliar trabajaba hasta las 11, cuando la cocinera al mando volvía, descansada, a su territorio culinario.

### Maracaibo desde la intimidad

Del discurso íntimo de Gross se atrapan trozos pequeños de Maracaibo. Aquí y allá surgen las calles, el defectuoso equipamiento urbano, trátese del agua, la electricidad, el transporte, o las temibles enfermedades como la fiebre amarilla o la malaria, implacables con nativos y foráneos. La ciudad a la que llegó Elisabeth en 1883 era un centro urbano en plena expansión, producto de los buenos precios del café en los mercados internacionales. Esa situación, no obstante los malos años, perduraría hasta 1896, fecha en la cual la alemana regresaría para siempre a Alemania.

El proceso de crecimiento marabino había comenzado a partir de 1830, conformándose a lo largo del tiempo una auténtica macrocefalia urbana. La ciudad era, en efecto, un auténtico enclave urbano que, como en el caso de Ciudad Bolívar, se proyectaba en su demografía, la cual representaba para 1881 el 51,4% de la población del Zulia, y en los contornos abandonados de su región.<sup>6</sup> La ciudad no tenía más de 40.000 habitantes para 1899.

La ciudad era percibida como muy hermosa, de "*casas rodeadas de soberbias palmeras*" como observa desde el primer día Elisabeth o, como sostenían los testimonios oficiales, "*Hermosísima (...) por todas partes*".<sup>7</sup> Pero el paisaje bu-

---

6 Sobre el proceso de macrocefalia marabina y sus inconvenientes, consúltese Pedro Cunill Grau, *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1987, t. II, pp.1232-1235.

7 Ministerio de Fomento, *Apuntes Estadísticos del Estado Zulia*. (año económico 1873-1874). Caracas, Imprenta de 'La Opinión Nacional', 1875, p.101.

cólico se estrella con la realidad. En tiempos de Gross no había, por ejemplo, acueducto. El agua, por tanto, provenía de varios aljibes y pozos o jagüeyes,<sup>8</sup> que la propia Elisabeth, ante su sorpresa, describe desde su primera carta como parte del equipamiento de la casa Blohm, y que no todas las propiedades tenían: “...Tenemos un techo plano que es la llamada azotea. (...) Desde este techo corre toda el agua de lluvia hacia una gran cisterna y nos sirve de agua potable...”<sup>9</sup> Cuando la pareja se mudó a la Ranchería, tuvieron especial cuidado con el equipamiento de agua en su nueva residencia, tanto para el jardín como para el consumo humano. De esta forma, equiparon la vivienda con dos molinos de viento que, tan pronto comenzaba a soplar la brisa, bombeaban el agua desde el lago todos los días hacia “dos grandes tanques de agua elevado”. Para el consumo de las personas había una cisterna de agua dulce, considerada por Elisabeth como “un gran tesoro”.<sup>10</sup>

No había tampoco luz eléctrica cuando Elisabeth Gross llegó a Maracaibo. Las noticias sobre la maravilla eléctrica le llegaron a Elisabeth tanto por carta como por el testimonio de paisanos que ya habían tenido el placer casi inenarrable de haberla observado en Estados Unidos y en la propia Alemania. Cuando Gross hacía sus maletas para su primer viaje a Europa en el primer semestre de 1889, se preparaba también en su interior para el encuentro con muchas cosas nuevas, entre ellas el teléfono y, sobre todo, la electricidad. Meses más tarde, Elisabeth conoció, extasiada, la luz a bordo del barco que la llevaba a la patria. Experimentaba así ella misma el impacto de la claridad y de sus bombillos:

*“...Es un invento fabuloso, ya que uno solamente tiene que oprimir el conmutador y se ilumina tan claramente como si estuvieran encendidas gran cantidad de velas. [y suspira] Ojalá tuviéramos esa luz en Maracaibo, pues así no tendríamos que preparar diariamente tantas lámparas de petróleo”.*<sup>11</sup>

El servicio de alumbrado eléctrico se estableció en Maracaibo el 24 de octubre de 1888.<sup>12</sup> Tres años después, el 31 de diciembre de 1891, llegó el servicio a la casa Blohm justo para la celebración del gran baile de fin de año.

8 Para 1874 había 72 aljibes y 46 pozos. *Apuntes del Estado Zulia...*, p.99.

9 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, p. 50.

10 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, pp. 50 y 194.

11 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, pp. 132 y 137.

12 José Norberto Olivares y María Mercedes Rodríguez, *Los teléfonos y la luz eléctrica en Maracaibo (Fuentes para su estudio, 1888-1890)*. Maracaibo, Secretaría Regional de Educación del Edo.Zulia/Centro Zuliano de Investigación Documental (CESID), 1997, p.21. Elisabeth Gross nunca menciona en su escrito palabra alguna sobre el teléfono, cuyo servicio en Maracaibo data de noviembre de 1888.

*...ins Innere des Landes*

La expresión de viajar “*ins Innere des Landes*”, es mencionada a veces en el texto de Gross. Al principio no se sabe muy bien dónde queda *el interior de esa tierra* pues la alemana es imprecisa. Pero por las actividades de la casa Blohm, el lector adivina que no se trata de la villa de Perijá o de San Carlos del Zulia. No. Ese interior tiene una espina dorsal de envergadura, la cordillera de los Andes, y lo separa de Maracaibo un lago que se cruzaba en barco de vapor hasta los puertos al efecto, usualmente La Ceiba, desde donde se penetraba *ins Innere*.

Cuando penetramos a través de los resquicios del discurso doméstico de Elisabeth, es posible observar varias veces la partida de Rodolfo para ese interior misterioso, y no lleno de peligros, algunos reales, otros sólo en la cabeza de la alemana. Era común que viajara por tres meses, y cumplía con esas visitas aún a costa de la enfermedad de su esposa, o de la suya propia. Así, antes de regresar definitivamente a Alemania en 1896, Rodolfo hizo un último y corto viaje al interior para despedirse de “*sus amigos*”, y lo hace a pesar de haber estado enfermo con disentería y paludismo.<sup>13</sup> Preparaba así el camino a su sucesor y cimentaba el prestigio de la casa Blohm en los paisajes cafeteros andinos. En los viajes de negocios, partía con el indio Uncas, y también con “*otros sirvientes y varias mulas*”. Otras veces el interior es más cerca y la visita más corta. En una de esas ocasiones, Rodolfo partió con varios amigos a cazar monos, cacería de la que regresó 6 días después.<sup>14</sup>

No cabe duda que los cuentos de Rodolfo sobre sus andanzas en el interior, penetraron de tal forma en la mente de Elisabeth, que no estuvo tranquila hasta ella misma conocer trozos de ese mundo del que sólo sabía por los cuentos del consorte. En enero de 1887 llegó el ansiado viaje. Con él, a través de la pluma de Elisabeth, penetramos en los espacios íntimos, llamémoslos así, del silencioso Rodolfo. Los preparativos duraron varios días pues se iban todos por tres meses: la pareja con los dos niños, dos cuidadoras, Agustina y Clotilde, y el indio Pelayo, que todavía estaba de buenas. Los esperaba una casa vacía en Betijoque, por lo cual tuvieron que cargar con las cosas más variadas, desde un baúl de cedro, lleno de almohadas, toallas, cobijas y vestidos, hasta una ponchera de peltre.

Partieron por la noche en un pequeño barco de tráfico lacustre y fluvial llamado “El Progreso”. Doce horas después estaban en La Ceiba, pequeño

---

13 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, p. 200.

14 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, pp. 73 y 129.



puerto que no contaba más de 1000 habitantes. Allí los recibió la esposa del ingeniero en jefe del ferrocarril que estaba en construcción a través de la densa selva que otrora cubría Trujillo hasta Sabana de Mendoza, ciudad a la cual llegarían los rieles en 1888. En 1895 el tramo férreo llegaría a Motatán.<sup>15</sup> Desde La Ceiba se desplazaron por unos cuantos kilómetros en el riel, para luego, al acabarse el enriado, llegar a lomo de mula hasta Betijoque.

El encuentro con el ferrocarril trujillano, puesto al servicio exclusivo de los visitantes debido a los contactos locales de Rodolfo, fue divertido para todos. Se trataba en realidad de una locomotora provisional de la línea, del cual guindaba un sencillo vagón. El primero en experimentar sorpresa fue el indio Pelayo quien, al igual que las criadas, nunca había visto una locomotora. Al rato de rodar el tren, Pelayo sacó su cabeza y perdió el sombrero, sólo por algunos minutos, no obstante, porque él salió del tren en marcha, lo agarró y se volvió a subir al vagón. Tan lenta era la máquina, de *"lentitud de caracol"*, para utilizar una expresión de la alemana. A pesar de la lentitud, el ferrocarril se deslizó por los rieles y se fue internando en el territorio, en este caso por la otrora selva trujillana, paisaje que Elisabeth encontró fascinante:

*"...Era casi impenetrable, ya que los árboles estaban muy cerca unos de otros, cubiertos por lianas, plantas parásitas y otras que pintorescamente colgaban de ellos. La vegetación por debajo de los árboles consistía en palmeras y otras magníficas plantas tropicales, entre las cuales se deslizaban culebras, lagartos (...). Seguimos el camino interminable a través de ese oscuro bosque, desde donde apenas se divisaba el cielo..."*<sup>16</sup>

En determinado momento abandonaron la selva y encontraron las estribaciones de la cordillera. Comenzaron a subir, ascenso que demoró una interminable hora y media hasta llegar a Betijoque, cabecera de una microrregión de poblamiento negro y mestizo que se convirtió en el centro de excursiones. Algunas veces se trataba de baños en los riachuelos locales, de paseos a caballo por los alrededores, otras de visitas a la selva, de la cual Elisabeth expresa que

15 Sobre la construcción del ferrocarril y los cambios paisajísticos que protagonizó, véase mi obra *El paisaje del riel en Trujillo (1880-1945)* (Estudios, Monografías y Ensayos, no.162). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1994.

16 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, pp.96-97. Karl Ferdinand Appun como botánico escribió, con la propiedad del caso, sobre el "caos" de la vegetación que la Gross observaría extasiada 30 años después: *"...lindos bosquecillos de lauríneas, cesalpinias y mimosas, mezclados con palmeras y cecropias de hojas plateadas; y todo estaba enredado y cubierto de passifloras, aristolochias de grandes flores, bambú trepador, ciperáceas y dracontios; entre todo eso se arrojaban cascadas y yacían cubiertos de vegetación exuberante enormes rocas y troncos derrumbados y que formaban puentes naturales; en fin, el caos más pintoresco del paisaje tropical."* En *los Trópicos*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la UCV, 1961, p. 324.

llegó “a conocer todos los rincones [sic] (...) y de allí me traje varias plantas que prosperan maravillosamente en macetas” contra todo pronóstico en la azotea de la casa Blohm en Maracaibo. En una oportunidad fue a Escuque, emplazada también en el camino del Lago, centro de acopio de de la producción de diferentes valles, cálidos, templados y fríos, donde prosperaban cultivos de cacao, café, trigo y caña de azúcar y con no más de 6000 habitantes en 1887,<sup>17</sup> donde llegó después de 9 horas a caballo, varias de ellas bajo una lluvia inclemente.

Elisabeth estuvo también en Trujillo, ciudad que después de haber sufrido en la guerra de independencia se había recuperado gracias al boom cafetalero, además de la riqueza derivada de su ancestral dedicación al cultivo de la caña de azúcar. Para 1887 contaba con algo más de 10.000 habitantes entre el núcleo urbano propiamente dicho y sus suburbios.<sup>18</sup> En los alrededores visitó una “magnífica hacienda de café”, propiedad del hijo de don José Manuel Urdaneta, gran amigo del esposo, donde fueron tratados de manera espléndida: “...Allí nos ofrecieron café con leche fresca de vaca, arepas calientes (...) con mantequilla y queso blanco recién hecho, el mismo que nosotros llamamos requesón”.<sup>19</sup>

El regreso a Maracaibo fue algo accidentado porque debido a disturbios políticos, había sido suspendido el servicio de barcos. Pero para algo más servían los contactos de Rodolfo en la región, forjados durante 18 años de trabajo. En pocas horas consiguió un “un velero cargado con café”. El capitán incluso aceptó sacar algunos sacos del precioso grano para alojar a los niños y a las niñas en la bodega. La pareja con otros alemanes tuvieron que acostarse “como arenques apretados, sobre el cajón que tapaba la entrada de la bodega”. El viaje en vapor duraba 12 horas. En el velero del café tardaron “dos días y una noche”. Una eternidad.

No. No exageraba Elisabeth cuando, de regreso a Maracaibo luego de dos meses y medio en Trujillo, escribía a su amiga en Valparaíso para contarle que “nuestro bello viaje al interior” había sido “un gran éxito en todas sus fases”.<sup>20</sup>

---

17 En 1891, la ciudad tenía 5.918 habitantes. Véase Pedro Cunill Grau, *Ob. cit.*, t.II, pp. 1088-1089.

18 Para 1881 Trujillo y sus suburbios contaban 9.560 habitantes. Pedro Cunill Grau, *Ob. cit.*, t. II, p. 1083.

19 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, p. 106.

20 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, pp.110-111.

### El regreso de la nativa

En abril de 1893, Elisabeth Gross preparaba su segundo viaje de vacaciones a Alemania. La alemana no desperdiciaba las enseñanzas del pasado. En esta ocasión no dejó a nadie encargado de su casa, esta vez en los suburbios. Simplemente la cerró por un año. Tampoco llevó ninguna nodriza local sino a una alemana que había llegado a Maracaibo poco antes del viaje. Esta vez no experimentó ninguna aprensión con su país, y si lo sintió no lo escribió. Lo peor había pasado: el primer reencuentro siempre es el más difícil. Después observó que, de alguna manera, ya no pertenecía por completo al lugar en el cual nació. Tampoco al de su vivencia en ultramar, como lo experimentó al regresar a Maracaibo.

Por más nostalgia que sintiera por Maracaibo, por su hogar, por su casa en la Ranchería, al regresar un año después encontró que le era difícil acostumbrarse de nuevo. Ella misma lo explica con claridad a mediados de junio de 1895:

*“Nosotros ya no hemos podido aclimatarnos de nuevo, desde nuestro regreso de Europa. Nuestros pensamientos coquetean demasiado con la vida futura allá y es una lástima ahora que nuestra Ranchería se ha puesto tan bonita...”*<sup>21</sup>

La enfermedad de su esposo, sobre la cual el médico local le recomendó cambiar de clima de inmediato pues la malaria lo estaba acabando, precipitó los acontecimientos. Rodolfo Gross, obligado por las circunstancias, tuvo que pedir cambio para Hamburgo un año antes de cumplir 25 años de labor en la casa Blohm en Maracaibo. No hubo más titubeos: regresaron a Alemania, donde por lo demás vivía, desde 1889, el primer hijo de la pareja, y cuya ausencia trastornaba la vida de Frau Gross. Había cuatro niños más cuya educación era, en concepto de la pareja, muy precaria en Maracaibo pues con las nodrizas alemanas, siempre difíciles de conseguir, había también problemas. El regreso se impuso como solución. No fue fácil.

*“La despedida de Maracaibo fue indescriptiblemente difícil”*, cuenta Gross en su última carta fechada en Caracas el 15 de julio de 1896. Fue ella, con la ayuda de un alemán, quien cerró la casa de la Ranchería, puerta por puerta, mientras la familia esperaba afuera. Era profunda su turbación interior, que describe con pocas palabras:

---

21 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, p.194.

*“...En cada puerta se me hizo más difícil y, cuando por fin todos los niños y la gente habían salido y yo misma tranquilé el portón principal, yo me sentí como si me estuvieran sacando en una urna. Había terminado todo...”*<sup>22</sup>

Nunca volvería, salvo a través del recuerdo de la palabra escrita para desandar el camino de trece años de vida.

## II. Los paisajes de letra y papel de Julia Bornhorst

El testimonio de Julia Bornhorst [Lübeck 1893-Caracas 1980] es doble: escrito y gráfico. El texto, por su parte, muestra el testimonio de la adaptación de una mujer a una cultura diferente entre 1923 y 1941, vale decir entre los 30 y 50 años de la autora, en la ciudad de Maracaibo que, al menos para 1923, presentaba, básicamente, el paisaje urbano que había conocido Elisabeth Gross.

La cosa cambiaría después cuando, en tan sólo dos décadas, la ciudad sufrió una de las transformaciones más violentas que ciudad alguna haya experimentado en Venezuela. Por una razón básica: el descubrimiento y explotación de petróleo en la cuenca del lago de Maracaibo, por lo cual la ciudad dejó atrás su rol primordial desde el siglo XVI: ser centro de acopio de la producción de los paisajes andinos, los cuales, a su vez, y esto ha sido menos estudiado, estrecharon sus relaciones con Caracas a partir de 1925, fecha de la inauguración de la carretera trasandina.

El cambio respecto a las relaciones con los estados andinos es significativo porque los andes, asociados geohistóricamente desde el siglo XVI a Maracaibo, a la cual surtían de todo tipo de productos agropecuarios, y que, desde 1830, se basó en el café en materia de exportación, la convirtieron en su centro de acopio y comercio por excelencia. Esta situación no hizo sino profundizarse a lo largo del siglo XIX cuando las exportaciones de café prácticamente se duplicaron a partir de 1870, siendo el café andino el más importante.

La situación, con sus alzas y bajas, sería más o menos de prosperidad hasta 1930, pero la crisis mundial, que redujo drásticamente los precios y la demanda internacional, asestó un duro golpe a la economía cafetera nacional, en particular a la andina y, en definitiva, a su vinculación con Maracaibo, ciudad que dejó su antiguo rol de centro de una amplia economía agroexportadora para

---

22 Elisabeth Gross, *Ob. cit.*, p.202.

convertirse en el eje de una industria primaria extractiva. A la crisis mundial, se sumó un estancamiento global de la agricultura, tomando el relevo el petróleo que, desde 1926, se convirtió en el principal producto de exportación venezolano. El impacto del cambio fue grande en Maracaibo. En términos puramente demográficos, la ciudad contaba, en 1926, con 84.000 habitantes, que llegarían a 110.000 para 1936.

### *En permanente estado de alarma*

Julia Bornhorst vivió esas intensas transformaciones. Su relato,<sup>23</sup> más breve pero también íntimo como el de la Gross, pone más atención al mundo circundante. Su pincel y su ojo fotográfico son la clave para entender su curiosidad por el mundo más allá de las fronteras de su casa marabina. No así la curiosidad hacia su persona, que resiente no más pisar Maracaibo. Como era costumbre, los alemanes esperaban en el muelle a los recién llegados, más aún si se trataba, como era el caso, de una desconocida. Así las cosas, Julia sintió en carne propia la inspección pues los alemanes estaban, en efecto, “*demasiado curiosos*” por conocer a la dama que se había casado con Carl Bornhorst, un solterón empedernido y comerciante en marabino, hijo de Heinrich Bornhorst y Sophie Menke de Bornhorst, y que regresaba de Alemania con su flamante esposa. Poco después, Julia se enteró por su esposo que uno de los mirones le había dicho ‘*¿Y para eso fue tan lejos?*’.

Julia Bornhorst sufrió los rigores del cambio. Maracaibo no era precisamente Lübeck, ni en apariencia urbana ni en clima. Ella mismo lo pone en palabras: “*No resultaba fácil acostumbrarse al idioma extraño, al calor, a cuatro sirvientes para atender a dos personas: era algo sobrecogedor*”.<sup>24</sup> Es más, todo le era “*ajeno y diferente*” y “*sumamente primitivo*” en los años posteriores a su llegada. Para empezar, como la Gross, la Bornhorst aprendió el español en Maracaibo, básicamente, como también la Gross, a través del contacto con los sirvientes. Fue una tal señora Behncke, esposa del jefe de la casa Blohm, la encargada de guiarla en sus primeros tiempos. Era ella una especie de “madre” de la colonia alemana, de quien recibió “*consejo y ayuda*” sin recibir órdenes,<sup>25</sup>

23 **Venezuela 1923-1941 en Acuarelas y relatos de Julia Bornhorst.** Caracas, Oscar Todtmann Editores, 1993. Hasta la fecha ningún historiador venezolano se ha interesado por el testimonio de Bornhorst. No es el caso, en cambio, de los lingüistas. Léase en particular el trabajo de Alexandra Álvarez, “Las Memorias de Julia Bornhorst” en **Montalbán**, 33, Caracas, 2000, Universidad Católica Andrés Bello, pp.227-240.

24 Julia Bornhorst, **Ob. cit.**, p. 14.

25 Julia Bornhorst, **Ob. cit.**, p. 14.

lo cual demuestra, como en el caso de Elisabeth Gross, la importancia de las esposas de los jefes principales de las casas comerciales alemanas en mantener la unidad del grupo.

No fue cosa fácil la adaptación al nuevo ambiente, sobre todo a las cosas que, por razones culturales, percibía como desagradables, agresivas, por lo cual había que estar, según sus palabras, *“pendiente continuamente de todo”* pues la mayoría de las plantas *“quemán o puyan”*, los animales *“son peligrosos para los humanos”* y los insectos *“nos molestan constantemente”*. Pero, agrega inmediatamente, *“uno se adecua a todo, incluso al permanente estado de alarma”*<sup>26</sup> del que escribiera también, a su manera, Elisabeth Gross. Pese a ese estado de alarma, Julia Bornhorst fue una mujer quien aprovechó -y disfrutó- desde el principio las posibilidades que le brindaba el trópico.

El trópico también extenuaba muchas fuerzas, cosa que sintió la alemana en más de una ocasión, en particular cada vez que regresaba de vacaciones de Europa y tenía que acostumbrarse de nuevo al intenso calor. En esto los relatos de las dos alemanas coinciden. Así, podía levantarse temprano y desayunar a las 6 pero a las 8 podía regresar a la cama *“por estar exhausta”*. Es más, durante el resto del día *“sólo tenía la mitad de mis fuerzas”*. Los mosquitos no hacían fácil la vida tampoco. Así, en *verano* -vale decir en la temporada seca- la plaga era tal que impedía sentarse al aire libre: *“...En aquella época no había tela metálica y dormíamos siempre bajo mosquiteros de hamaca, pero teníamos que acostarnos con un matamoscas, para espantar los zancudos que se hubiesen infiltrado. Las picadas no nos molestaban tanto como el penetrante zumbido, que nos impedía dormir. Prendíamos muchas veces velas de humo, las cuales en verdad odiábamos ya que, a la par de los mosquitos, también nosotros teníamos que inhalar el aire cáustico. ¡Realmente eran una plaga!...”*<sup>27</sup> No obstante, con el tiempo, Julia Bornhorst fue menos atacada por la plaga porque, según su juicio, su sangre estaba *“disecada por el calor”*, por lo cual no ejercía *“sobre los insectos tanta atracción como antes”*.<sup>28</sup>

### El lago insuperable

El lago de Maracaibo era el centro de la atención de los alemanes que vivían en la ciudad. Era, por así decirlo, el eje emocional, una especie de espejo acuá-

26 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.17.

27 Julia Bornhorst, Ob. cit., pp.24-25.

28 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.25.

tico, de la vida cotidiana. Para empezar, la casa de los Bornhorst, llamada Hato Hamburgo, en el suburbio de los Haticos, en las afueras de Maracaibo, tenía, como el de los Gross y otras familias alemanas, su palafito sobre el lago, al cual se llegaba por un embarcadero. Ese *“lugar privilegiado”* servía como lugar de contemplación del lago y para penetrar, y bañarse en el mismo, a través de una escalera: *“Nuestro querido lago era insuperable”*, suspira la alemana.

Pero el lago no era impoluto ni mucho menos. Los baños en el lago, como en la época de la Gross, no eran del todo tranquilos porque siempre se estaba pendiente de algún animal dañino, por ejemplo las manta rayas que con su *“cola ponzoñosa”* podían de hecho *“abrir toda la pierna de una manera terrible”*. También flotaban en el lago *“algún cochino muerto”* como excrementos humanos que caían al lago desde las innumerables casetas construidas sobre pilotes. Por fortuna, había siempre un cardumen de bagres al acecho que comían *“alegre y vorazmente la dádiva de Dios”*. Claro está: la degradación ambiental sería peor con el descubrimiento y perforación de los innumerables pozos petroleros, que agregarían aceite y negrura a sus aguas, y alguna que otra llama de fuego que el arte de Julia Bornhorst logra atrapar en dos acuarelas que destacan el pavoroso incendio de petróleo del 31 de mayo de 1935,<sup>29</sup> que marcan con violencia el término de la era agro exportadora. Con el tiempo surgirían las *“pulcras casas”* de las compañías petroleras como los tanques petroleros, que se constituyeron en *“parte del paisaje en los alrededores de Maracaibo”*.<sup>30</sup>

Pese a la belleza del lago y los baños en sus aguas, las diversiones eran pocas para la época en Maracaibo. Sobre todo para Julia Bornhort quien, como ella misma cuenta, había pasado sus años de adolescencia en la ciudad de Munich, *“ciudad de ilimitadas posibilidades”*, la *“restringida libertad de movimientos”* en el nuevo lugar se le hizo difícil de soportar. Como ella misma asegura, en materia de espectáculos públicos no había mucho de ver. Así, el famoso teatro Baralt, constituía en la época un *“horno no apto para el trópico”* razón por la cual unos cantantes de la ópera de Verdi *El Trovador*, ataviados ellos con *“gruesos trajes de terciopelo rellenos, casi se asfixiaban”* en plena representación. Nunca más volvieron.

También los paseos estaban restringidos, queja particular de casi todos los alemanes en Maracaibo porque, se preguntaba la alemana, ¿hacía dónde podía irse? Además de asistir a las fiestas del caso con otros compatriotas, o acudir al club alemán en las tardes poco había de diversión propiamente dicha. En materia de excursiones, por ejemplo, *“...solamente había la posibilidad de alquilar,*

---

29 Julia Bornhorst, Ob. cit., pp. 17, 66 y 67.

30 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.41.

*en conjunto, una gran lancha a motor y pescar desde la misma o trasladarse hasta otra playa, cuyos cocoteros eran idénticos a los nuestros, solamente que estaban más sucias. Allí se tomaba un baño, se hacía un picnic y se bailaba, con lo cual, a pesar de todo, obteníamos nuestra diversión...*<sup>31</sup> Pero pronto descubriría las posibilidades del paisaje, del que tenía a la mano, y del lejano, que captaría con voracidad en sus acuarelas.

### El país de las mil y una frutas

Al contrario de Gross, que lo menciona en relación con los criados, el mercado era uno de los sitios favoritos de la Bornhorst, en particular cuando perfeccionó su español. Era el lugar uno de los orgullos de Maracaibo. En él se palpaba mejor que en ninguna otra parte su función de urbe comercial, centro de acopio de mercaderías de los estados cercanos, los Andes en particular. El testimonio de la alemana es sugestivo en detalles gastronómicos: *“...allí se conseguían las cosas más sabrosas, nada importado, sino las más maravillosas frutas del país. Además de las consabidas piñas, melones y frutas cítricas, familiares para nosotros, había la lechoza [sic], desconocida en Europa, con la cual empezábamos el día; también mangos, aguacates, guayabas, chirimoyas, nísperos, sapotes, caujíes, datos, guanábanas y muchas otras más. En cuanto a pescados, teníamos una riquísima selección, tanto de mar como de agua dulce, entre los cuales preferíamos los primeros, especialmente el firme mero, similar a la carne, el fino pargo, el róbalo, las pequeñas carpitas y otros peces similares y hasta la temida mantarraya de aguja (...) tiburones nonatos, (...) [o las] codiciadas tortugas...”*<sup>32</sup>

Lo que si extrañaba la alemana eran las legumbres frescas, *“que, sencillamente, no existían”*, por lo cual tuvo que acostumbrarse a los productos criollos como la yuca, la auyama, los plátanos y, *especialmente*, a las caraotas negras. La alemana confiesa, no obstante, que como ella vivía de legumbres, *“estaba desesperada”* por su ausencia, al punto de una vez pagar un real (la mitad de un bolívar lo que era un precio exorbitante para la época) por una zanahoria. Ella misma trató de *“sembrarlas en un semillero, pero sólo logré cultivar la espinaca neozelandesa”*.

También, por lo menos al principio según ella misma cuenta, *“la mantequilla y la leche representaban un problema”* porque sólo se conseguía la de cabra,

31 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.20.

32 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.18.



“bastante sucia”, y la mantequilla “venía en latas desde Holanda, pero siempre estaba rancia y oxidada”. Los quesos no eran tampoco muy variados, salvo el de cabra, el pan, se conseguía uno que llamaban francés, “con gusto a cartón”, por lo cual los desayunos no parecían al principio muy apetitosos. Sin embargo, “...Muy de vez en cuando recibíamos pan negro de algún barco alemán y, en una ocasión, (...) un gran queso amarillo, redondo, fabricado por un alemán en Durita [Colombia]...” que la alemana recuerda como “momentos inolvidables y deliciosos”.<sup>33</sup>

Esta relativa precariedad cambió con la economía petrolera. En este sentido, fueron los estadounidenses quienes fundaron en la ciudad “gigantescos supermercados y otras tiendas y poco a poco pudimos comprar de todo, para poder vivir de acuerdo con nuestro acostumbrado estilo”.<sup>34</sup>

### Más allá del lago

Julia Bornhorst, al contrario de Elisabeth Gross, viajó intensamente por el territorio venezolano. Su esposo desde joven había viajado por “todo el país a lomo de mula” y la hizo partícipe de muchos viajes al interior, menos misterioso que en la época de Gross. Así, en una oportunidad que describe, cruzó el lago de Maracaibo hasta llegar al puerto trujillano de La Ceiba y de allí llegar en automóvil hasta Valera. Antes se llegaba en tren hasta Motatán pero el Ferrocarril de la Ceiba había perdido importancia desde la construcción de nuevas carreteras en Trujillo. Desde esa ciudad alquilaron un carro y viajaron por todos los Andes venezolanos hasta llegar a Colombia: “En todas partes Carli –así llamaba a su esposo, Carl Bornhorst, quien trabajaba en la firma Beckmann & Cia. de la cual llegó a ser el superior de la empresa y socio principal- fue recibido cordialmente como un viejo amigo y nos mimaron mucho...”<sup>35</sup> lo que tiene que ver con el importante papel que tuvieron los alemanes en el comercio venezolano, en el cual participaban activamente visitando a todos los clientes de manera regular.<sup>36</sup>

El viaje lo hicieron por la vieja carretera de los Andes, unos años antes de ser inaugurada la Trasandina en 1925, que unió definitivamente a los Andes

33 Julia Bornhorst, *Ob. cit.*, p.19.

34 Julia Bornhorst, *Ob. cit.*, p.38.

35 Julia Bornhorst, *Ob. cit.*, p.32.

36 Véanse detalles sobre el particular en mi libro ya citado *Venezuela en la mirada alemana (paisajes reales e imaginarios en Louis Glöckler, Carl Geldner y Elisabeth Gross, 1850-1896)*, en particular los capítulos III y IV.

con el centro. En la época de Bornhorst la vieja carretera se encontraba “*muy defectuosa*”; era de “*arena, muy estrecha y bordeada de horribles precipicios*”.<sup>37</sup> El regreso a Maracaibo podía hacerse por tres rutas: volver a La Ceiba, lo que era un largo viaje desde el Táchira, por El Vigía bajando hasta Santa Bárbara si se estaba en Mérida, o por Encontrados si se estaba en el Táchira. Fue esa ruta la que siguieron al menos en 1927, camino que no dejaba de ser una aventura. De allí se tomaba un “*barco de paletas*” por el río Catatumbo, que navegaba entre las paredes de una selva todavía virgen en esa época con su carga de flora y fauna que hacía del viaje toda una experiencia.

El viaje de Maracaibo a Capatárída en el estado Falcón fue también muy importante. De él quedaron, como en el caso de los otros, acuarelas que hoy constituyen fuentes gráficas importantes para la geohistoria venezolana. No fue este tampoco un viaje de placer en el sentido que los caminos aquí eran precarios, no había sino modestos alojamientos y el “*paisaje, árido, carecía de atractivo*”, del cual, sin embargo, Julia realizó magníficas acuarelas. A pesar de los obstáculos, ella se entregaba a la aventura tanto por acompañar a su esposo como por la oportunidad que él le brindaba de “*conocer otro rincón de mi segunda patria*”.<sup>38</sup> Para Carl Bornhorst, el viaje tenía otras connotaciones: cobrar, en 1933, las deudas vencidas de algunos negocios que vendían los productos de su casa comercial, en deuda con ella debido a la recesión económica que siguió al gran *crack* de 1929.

Para empezar era grande el equipaje que había que llevar aunque se tratase de un viaje corto de tan sólo 4 días: para empezar dos camas plegables, porque en Venezuela no había casi camas sino chinchorros en esa época, el imprescindible mosquitero de malla, “*una ponchera para lavar, una caja con hielo [que se derretía sin duda rápidamente], latas y alimentos frescos, pues en esas áreas, muy pobres, apenas se puede comprar alguna cosa*”,<sup>39</sup> como en efecto. El viaje lo hicieron en un Ford por una ruta “*parcialmente muy mala, llena de huecos y barro endurecido*”. Hacían el camino en la temporada seca cuando los caminos permanecían al menos “*secos y adecuados para manejar*”.<sup>40</sup> El paisaje de esta región falconiana ofrecía no pocos atractivos para una pintora como la alemana, quien escribe sobre la dificultad para “*reproducir la sensación de abandono y desolación*”, que ella logra con maestría en al menos dos acuarelas reproducidas en el libro. El paisaje estaba, en este sentido, constituido por “*Arboles muertos, (...) característicos cactus, de la talla de un árbol grande; sobre el suelo, tunas de flores*

---

37 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.32.

38 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.41.

39 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.41.

40 Julia Bornhorst, Ob. cit., pp.42-43.

*amarillos y cactus de melón de rígida corona roja, en la extensión plana, ilimitada, de arcilla agrietada...*<sup>41</sup> en un territorio sediento que contaba con poca agua para el consumo, en general salobre y con partículas de barro.

El alojamiento en Venezuela era una dificultad para todos los viajeros, en especial en lugares casi deshabitados como estos paisajes de noreste de Falcón. De esta manera, los Bornhorst llegaron a Casigua para dormir allí por la recomendación expresa que en el lugar había una habitación vacía donde podrían quedarse. Así fue. Después de atravesar *"columnas de humo amarillo"*, que no eran otra cosa que tornados de polvo, llegaron a Casigua que la alemana encuentra como un *"pueblo simpático"*. En cuarto al cuarto vacío, este era grande pero no tenía ni puerta ni ventanas, por lo cual ofrecieron a la pareja la sala de la casa, cuarto impresionante según la Bornhorst, de ocho metros de largo y *"amoblado con cuatro sillas para las visitas"*.<sup>42</sup> Capatárida, por su parte, tenía en la época de Julia Bornhorst cuatro calles, que ella recorría mientras su esposo visitaba los clientes. Allí tampoco, como en tantas otras partes del país, no había baños...sino espacios abiertos, en este caso con la compañía de un burro que vigilaba los actos primarios humanos.<sup>43</sup>

El regreso a Maracaibo se efectuó por Mene de Mauroa. El problema para llegar allí fueron los caminos, que dejaban mucho que desear. Es más, había que encontrarlo en el espacio porque no estaba afirmado en el terreno. En efecto, el camino, poco transitado, era invadido por la selva de manera regular, razón por la cual el Ford tuvo que *"abrirse paso materialmente a la fuerza"*. Así, sobre el suelo, *"tupido de matas bajas, apenas era perceptible una huella de cauchos"*, por lo cual los viajeros tuvieron que bajar del automóvil varias veces para *"reencontrar señales anteriores en el camino, que nos orientaran"*. Es más, en dos ocasiones, incluso debieron *"regresar atrás, pues habíamos perdido completamente la huella en la espesa jungla"*.<sup>44</sup>

El poblado como tal ofrecía una nueva cara: el dinero de los perforadores de petróleo estadounidenses lo había transformado completamente. De una pequeña aldea, fundada en el siglo XVIII, con actividades agropecuarias diversas, se había convertido de la noche a la mañana en un lugar de migraciones internas. El dinero petrolero corría por la población, donde había *"música, baile, juegos de azar y, especialmente, una gran oferta de 'damas'*". Era así, comenta la alemana, que en pleno día, la calle *"retumbaba con la gritería y risas de las*

---

41 Julia Bornhorst, *Ob. cit.*, p.44.

42 Julia Bornhorst, *Ob. cit.*, p.47.

43 Julia Bornhorst, *Ob. cit.*, p.48.

44 Julia Bornhorst, *Ob. cit.*, p.53.

*morenas señoritas*". El pueblo por lo demás presentaba la clásica división de las estructuras de explotación petrolera: el núcleo urbano, por un lado, abandonado a su suerte, y el otro, completamente aparte, que constituía el auténtico campamento petrolero donde vivían los empleados estadounidenses. En este caso estaba ubicado en una colina y constituía en "*simpáticas casitas cercadas con tela metálica, en sitios sembrados de césped. Tienen, para su recreo y distracción, un campo de golf*".<sup>45</sup>

Las comunicaciones habían cambiado en función del lago de Maracaibo. De esta manera, construyeron desde Mene de Mauroa a Altagracia un ferrocarril de vía estrecha. El tráfico se hacía en "*pequeños vagones motorizados que van sobre los rieles*". Como no había carretera propiamente dicha, los vehículos se aprovechaban de los lados inclinados del terraplén que había sido construido para el ferrocarril. Pero llegado un momento, era tan peligroso que el chofer de los Bornhorst apostó por la vieja huella que resultó más agradable "*que el terraplén inclinado y lleno de endurecidas grietas causadas por el agua de innumerables lluvias*".<sup>46</sup> El viaje a través de la selva no dejó de ser atractivo. La alemana lo conservaría bien en su memoria y de él describió: "*Con admirable velocidad y gran seguridad nos abrimos camino por medio de los chasqueantes arbustos y de la incierta oscuridad que teníamos ante nosotros. (...) Como a las nueve de la noche llegamos, sin novedad, a Altagracia, y todavía logramos conseguir una lancha de motor para la travesía*" hasta el muelle del querido Hato Hamburgo",<sup>47</sup> su refugio marabino en el cual se sentía más segura.

Hemos revisado los testimonios de dos mujeres alemanas que vivieron en Maracaibo en diversos momentos de su historia. A través de ellas entramos en la intimidad de su hogar. Salimos también al exterior, a la ciudad en sí misma, desde el mercado, hasta el inmenso lago, e incluso más allá, a los Andes. A Trujillo en el caso de Gross, al resto de la cordillera con Bornhorst quien, también, se aventura por las tierras áridas del noreste de Falcón. Contemplamos Maracaibo, auténtica ciudad del café, al puerto agro exportador, y también al cambio que produjo en su trama y morfología urbana, como en su vida cotidiana, la explotación petrolera. Ambos testimonios son básicos para la comprensión de aspectos de la historia venezolana, la misma que, a través de la mirada extranjera, en este caso de dos alemanas, tiene olores, sabores, colores y texturas a los cuales debemos estar atentos los historiadores de nuevo cuño.

---

45 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.54.

46 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.55.

47 Julia Bornhorst, Ob. cit., p.55.